
El sentido del caminar. Una reflexión con trasfondo religioso¹

Agustín González Enciso
Universidad de Navarra

Resumen Los peregrinos del Camino de Santiago han manifestado siempre un sentido religioso de su peregrinación. Con esta idea de fondo y al hilo de las reflexiones que el caminar suscita, el trabajo repasa una serie de aspectos que tienen que ver con un sentido religioso y antropológico del caminar: el camino como metáfora de la vida; la relación entre las peregrinaciones y las culturas, especialmente la cristiana; los valores espirituales que se relacionan con esta cultura y que tienen que ver con el Camino de Santiago; la relación directa del caminar con la fe y algunas de las virtudes que es necesario desarrollar, son los temas principales de una reflexión que no es en modo alguno exhaustiva, sino más bien intuitiva y persuasiva.

Abstract The pilgrims in the Way of Saint James have always manifested a religious sense of their pilgrimage. With this idea as a background and following the feelings that the fact of walking arouses, this paper refers to different aspects related with the religious and anthropological characteristics of the pilgrimages: going the way as a metaphor of life, the relation between pilgrimage and culture, particularly in Christianity, the spiritual values related with this culture coming up from the Way of Saint James, the straightforward relation between the Way and the faith and some of the virtues needed to be a pilgrim, are the main topics of a reflection which doesn't mean to be exhaustive, but intuitive and persuasive.

1 Conferencia pronunciada el día 31 de marzo de 2010, que coincidió que era Miércoles Santo. Agradezco a la Cátedra de Patrimonio y Arte Navarro de la Universidad de Navarra, la invitación a participar en este Curso sobre el Camino de Santiago.

El sentido del camino es el sentido del caminar. Según su propio testimonio, los peregrinos se preguntan con frecuencia por su propio caminar en el mundo; es decir, por su vida. Su peregrinación es una continua reflexión sobre su propio ser y estar en el mundo, sobre la razón y finalidad de su paso por la tierra. Por eso andar es como una síntesis del vivir; en realidad, como un vivir aparte una temporada, para luego volver a la vida cotidiana. Así lo resumía un peregrino que había hecho el camino francés desde Roncesvalles: hasta Burgos te despojas de ti mismo, luego tienes tiempo para reflexionar por las llanuras castellanas, finalmente, en Galicia, te vuelves a encontrar con la gente normal, con la vida cotidiana. Es una vuelta a lo de siempre, pero tras una profunda renovación.

Así pues, no se trata aquí de saber por qué hay un camino, el camino físico, diríamos, sino por qué se recorre, por qué se peregrina; es decir, ¿por qué caminamos pensando en algún más allá?

Una respuesta ingenua sería decir que caminamos porque estamos hechos de una determinada manera física. Desde luego, así es. Pero aunque parezca innecesario, por banal, referirse al hecho anatómico, en realidad es preciso partir de ahí: caminar forma parte de nuestro modo de ser, nos manifestamos caminando, aunque no solo; por eso, caminar tiene un profundo sentido antropológico: nuestra condición en la vida es ir hacia algún lugar y eso lo hacemos, naturalmente, caminando.

La pregunta sobre por qué caminamos es relevante hoy, como una primera aproximación, porque, si bien caminamos por necesidad en las distancias cortas, sin embargo nos valemos de medios mecánicos para realizar trayectos más largos. Precisamente lo que se suele decir en nuestros días es que hoy no caminamos lo que debiéramos, andamos poco. Y eso se expresa como una queja, precisamente porque somos conscientes de que esa característica nuestra tan importante, caminar, va yendo a menos, y eso de alguna manera influye en nuestro modo de ser. Hay quien llega a decir que las crisis vienen porque no andamos y que los problemas se solucionan caminando. ¡Quizás! Algunos, probablemente, sí.

En este contexto se muestra especialmente importante y sugerente la renovada tendencia a peregrinar, a caminar de muchos modos como hoy se ha puesto de moda, en una especie de reacción frente a lo menos natural, de vuelta también a nuestra interioridad. En el caso de los peregrinos a Santiago, dicen muchos de ellos, en una larga caminata volvemos a encontrarnos con nosotros mismos. Y eso es ya una razón muy importante para explicar por qué caminamos. Si el objetivo es también religioso, el sentido último de la peregrinación queda en buena medida explicado.

Es cierto que hoy la peregrinación, según dicen, tiene muchos motivos. Andar es sano, hay que hacer deporte, relaja mucho, te olvidas de todo; entras en contacto con la naturaleza, conoces otras gentes, otros paisajes; tiene, desde luego, un valor cultural etnográfico. Para algunos puede ser una aventura incluso, según sus circunstancias. Todo esto tiene hoy un alto valor cultural y es una importante manifestación de la cultura popular del ocio y particularmente del deporte. Pero eso no lo es todo, ni siquiera es lo primigenio en el caso que nos ocupa. Por eso, no obstante lo anterior, en esta charla prevalecerá, de fondo y de contenido formal, la idea del motivo sobrenatural del caminar, de la peregrinación exigente y mortificada por razones básicamente religiosas o similares, entendiéndose por esto la búsqueda de algo pro-

fundo en nuestro ser. Una religiosidad, por otra parte, que no lo es simplemente en general, sino que está ligada formalmente a una religión concreta, al cristianismo.

Que en su origen y en su sentido genuino, el Camino de Santiago es una peregrinación religiosa, es algo que está bastante claro. Pero además, el caminante, aunque no buscara ese sentido de una manera directa, se encuentra continuamente con los jalones religiosos que justifican el Camino. El Camino de Santiago va de iglesia en iglesia, de crucero en crucero, y el caminante se encuentra con tantos peregrinos que le hablan de Dios; o bien se halla directa e inopinadamente ante Él, como ese madrileño que vino a hacer deporte y se encontró al comienzo con un Cristo de granito. No dejó de pensar en aquella imagen durante todo el camino, él, que hacía años que no iba a la iglesia, que se había acercado a Roncesvalles solo para descansar en vacaciones...

Hasta los que no se preocupan de lo religioso o lo dejan en un segundo plano, es más, incluso los que están en contra de lo religioso y vienen al Camino a otra cosa, acaban reconociendo que en el Camino “hay algo”, es decir, algo que va más allá de las expectativas de tejas abajo, por interesantes que fueran, que ellos traían.

Por eso hay que preguntarse más en concreto, ¿por qué peregrinamos a Santiago de Compostela? Razones personales, ya lo hemos visto, puede haber muchas, tantas como personas y circunstancias; pero hay razones más profundas, y hay, sobre todo, una especie de común denominador, que engarza con las razones personales porque está enraizado con la antropología de la cultura y con la historia, haciéndose una sola cosa con la religión. Eso nos afecta a todos, no solo porque todos nos identificamos con nuestra cultura, sino porque se trata de cuestiones que están presentes en todas ellas, pertenecen al trasfondo de las mismas en la medida en que afectan a la naturaleza del ser humano. Son estas cuestiones las que serán objeto de nuestra reflexión.

1. CAMINAR ES UNA METÁFORA DE LA VIDA

Antes que nada hay que decir, una vez más –se ha dicho de mil maneras–, que caminar es una metáfora de la vida. La vida es muchas cosas. Por ejemplo, es un camino biológico que nos lleva desde la infancia hasta la experiencia; es un camino profesional que nos hace avanzar por diferentes formas de trabajo y de servicio a los demás, donde buscamos un progreso, una mejora que a veces no parece terminar; es la vida también un camino interior en el que nos vamos transformando y madurando nuestra personalidad; es, en fin, y fundamentalmente, un camino espiritual y religioso en el que, según el sentido cristiano, cada persona debe irse identificando cada vez más con Cristo, tender a la perfección para finalmente, pasar de esta vida perecedera a otra perdurable. Pongamos por delante, antes de que sea demasiado tarde, la cita inevitable del poeta castellano:

“Este mundo es el camino / para el otro que es morada/ sin pesar; /
Mas cumple tener buen tino /para andar esta jornada/ sin error”².

² MANRIQUE, J., *Coplas por la muerte de su padre*.

Andar, de eso se trata; pero andar sin error: ¡la importancia del acierto! Si caminar es metáfora de la vida, parece importante acertar. Una vida lograda, como titulaba un libro suyo A. Llano³. Ese ideal es cada vez más difícil. Como dice el filósofo, “muchos de nuestros contemporáneos ya no tienen claras las verdades más elementales acerca del ser del hombre, de su recto comportamiento, de su papel en la ciudad y de su destino trascendente. El ser humano se ha convertido en un enigma indescifrable para sí mismo”⁴. Así pues, el acierto que nos pide el poeta parece alejarse. Pero la vida solo merece la pena si se acierta, al menos si, con honradez, se intenta acertar. En el camino el acierto es llegar. Aquí no cabe solo intentarlo, hay que conseguirlo. Si no llegas a Santiago te quedas sin la Compostela, que es un símbolo de la llegada, del camino recorrido y de su motivación religiosa. Errar es desviarse. Por eso caminar es una lección de vida. “El hecho de ir caminando sin hogar fijo, con el único fin de llegar a un templo, decía un protestante inglés ya en Santiago, es el símbolo más fuerte de lo que es la vida del hombre en la tierra”. Se trata de arrostrarlo todo, de “pasar por medio de muchos paisajes y gentes que van desapareciendo con el tiempo, reemplazados por otros...sólo permaneces tú mismo con todo lo que llevas dentro, y esa meta final: Dios”⁵.

Los pensamientos de Lawrence el inglés, nos llevan a reconocer que si el camino tiene un necesario final –en este caso la catedral de Santiago–, la vida también tiene un fin. Es decir, hay que andar con sentido de finalidad. Eso es lo que llenará nuestras vidas, tener un fin y buscarlo cada día, sin descanso, sin pararnos. “Si dijese basta, estás perdido, decía san Agustín. Ve siempre a más, camina siempre, progresa siempre. No permanezcas en el mismo sitio, no retrocedas, no te desvíes”⁶. Hay que caminar siempre, mantener el esfuerzo de ir a más, si queremos llegar a la meta. Pararse no es solo no avanzar, es aumentar el riesgo de no seguir, de no cumplir nuestro destino. El otro día decía alguien en un periódico: si dejas de pensar en vejezco. Podemos decir también, si dejas de andar, muero antes de tiempo.

El Camino nos plantea una paradoja del tiempo. Mientras se camina el tiempo pasa, pero da lo mismo cuánto, siempre que se acabe llegando. Se puede ir despacio, pero no parar porque, si te paras, no llegas nunca. Es como en la vida: si nos paramos, es decir, si no hacemos nada, es como si no hubiéramos llegado. Pero hay una diferencia y es que en la vida siempre se llega, porque el tiempo pasa de dos maneras: lo pasamos y nos pasa. Lo pasamos –lo usamos⁷– cuando hacemos algo, cuando lo aprovechamos; nos pasa cuando no lo aprovechamos. Por eso en la vida hay que hacer algo para poder llegar a buen sitio. Como dijo Ortega y Gasset, “el hombre, al existir, tiene que hacer su existencia, tiene que resolver el problema práctico de realizar el programa en que consiste”⁸. En cualquier caso, siempre hay

3 LLANO, A., *La vida lograda*, Barcelona, Ariel, 2002.

4 *Ibidem*, p. 107.

5 MERINO, M., *Peregrinos a Santiago. Lo que viven, lo que sienten*, Madrid, Rialp, 2002, p. 43.

6 SAN AGUSTÍN, *Sermón* 169, 15.

7 La expresión popular “pasar alguien el tiempo”, como sinónimo de no hacer nada (*Diccionario de la Real Academia*), en realidad lo que quiere decir es “dejar” pasar el tiempo: “aquí estamos dejando pasar el tiempo”.

8 En *Meditación de la técnica*, p. 43, cit. por LÁZARO, R., “Vivencia personal del tiempo: serenidad, acción, contemplación”, en ALVIRA, R., GHIRETTI, H. y HERRERO, M. (Eds.), *La experiencia social del tiempo*, Pamplona, EUNSA, 2006, p. 75.

que “tener buen tino para andar esta jornada sin error”, por eso siempre es mejor caminar, es decir, hacer algo, intentar hacerlo bien.

2. CAMINAR ES UN SÍMBOLO DE LAS CULTURAS

Pero como la vida de las personas se vive en sociedad, y esa vida social es cultura, que se puede vivir y manifestar de una manera o de otra, caminar se convierte en símbolo de las culturas.

Lo curioso es que en toda cultura se peregrina hacia algún lugar que simboliza algún rasgo esencial identitario y que normalmente tiene un valor sagrado. Las personas tienen que entrar en contacto con ello para cumplir con la divinidad, para mantener la relación con ella y permanecer, a la vez, en la identidad de su cultura. En las sociedades antiguas, pues, la peregrinación simboliza la adhesión a lo fundamental. Se va, se ve, se está allí, solo o con otros, y muchas veces también se toca⁹. Incluso las formas culturales laicas y paganizadas de nuestros días siguen ese rito ancestral, de base religiosa, transformado ahora casi en superstición, como pueden ser los “santuarios” de personajes mundialmente famosos, cantantes, personajes de la “jet”, etc.

Pero no nos desviemos del camino demasiado pronto, por la senda de la frivolidad.

En nuestro mundo cristiano existe una tradición viva de la peregrinación, heredada tanto de las costumbres judías, como del primer cristianismo. Entre los judíos era preceptiva, según en qué circunstancias, la peregrinación a Jerusalén, al templo, en la seguridad de que esa era la casa de Dios; en este caso, del único Dios verdadero. Entre los cristianos, desde los primerísimos tiempos se extendió también la costumbre de visitar la tierra de Cristo. Para los primeros cristianos, judíos, que no vivían en Jerusalén, seguramente siguió la tendencia a viajar a la Ciudad Santa, para ellos solamente habría cambiado el motivo: no el templo, sino los lugares de la memoria de la pasión de Cristo.

Es cierto que en el cristianismo no es estrictamente necesario ir a ningún lugar, y de hecho no hay ninguna norma que lo prescriba: se puede ser santo sin moverse uno de casa. No es el cristianismo una religión unida a un lugar, sino practicada “en espíritu y en verdad”, como señalara Cristo a la Samaritana¹⁰; pero no es menos cierto que los primeros cristianos, también los de origen gentil, mantuvieron la tradición de ir a Tierra Santa, porque era el lugar que tenía los recuerdos de Cristo a su paso por la tierra. Por cierto, un Cristo también caminante: en su vida hizo dos cosas, primero, trabajar oculto, luego, caminar por las tierras de Palestina. Cristo caminaba para encontrarse con las personas y evangelizar, y los cristianos caminamos para encontrarnos con Cristo y con los demás, y ocasionalmente peregrinamos para reforzar el sentido de nuestro caminar.

9 Cfr. VÁZQUEZ DE PARGA, L. *et alia*, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, C.S.I.C., 1949, cap. I.

10 SAN JUAN, 4, 23.

Esa tradición de ir a Tierra Santa luego se amplió y, particularmente, se extendió a la visita a los restos de los mártires, como una expresión del culto de veneración que se daba a esas personas singulares, que dieron su vida por la fe desde los comienzos. Pero eso no ocurrió solo en Palestina, sino en otros lugares, singularmente en Roma.

Entre los mártires romanos estaban, de modo eminente, san Pedro y san Pablo. Pero esa costumbre pasó también a los lugares donde estaban los cuerpos de los otros apóstoles, los primeros y principales testigos de Cristo, como luego se extendería a la visita de las sepulturas de otros mártires. Bien sabemos que, dentro de esa tradición, el sepulcro de Santiago en Compostela fue uno de esos objetivos y que se convertiría en una necesidad europea en la medida en que Tierra Santa fue haciéndose inaccesible. De alguna manera, el viaje a Jerusalén se substituyó por el de Santiago, sobre todo desde el siglo IX, cuando la ocupación musulmana dificultó la llegada a Tierra Santa.

El Camino de Santiago se instaló así en la tradición cultural de la Europa cristiana de manera inseparable y característica, como un símbolo de ella. Dante lo decía con claridad en su *Vita nuova*, donde recordaba las tres metas principales de la peregrinación medieval, Jerusalén, Roma y Santiago, mostrando así lo asentado entonces de la costumbre en toda Europa. Santiago tiene además, diría yo, una característica particular. Si Tierra Santa se convirtió en tierra de cruzada y por lo tanto, de lucha física por recuperar la libertad de practicar la fe, tantas veces impedida, el Camino de Santiago fue, desde el principio, un camino de paz. Más allá del hecho de que los españoles de antaño identificaran a Santiago como un campeón de la lucha por la fe, a medida que avanzó la reconquista hacia el sur, y al margen de esas luchas, en el norte de la Península permaneció el Camino que unía a personas procedentes de toda la Europa de entonces, como un remanso de paz.

Esos europeos de allende los Pirineos eran ajenos a la identificación de Santiago con la lucha por la fe; para ellos, Santiago es sencillamente, un apóstol un apóstol de Cristo, el más cercano físicamente, que manifiesta la unidad de la fe dentro de los cristianos. A Santiago no había que llevar espada de cruzado, bastaba con el bordón de peregrino, y de hecho al santo se le representa siempre en otras zonas de Europa, también aquí, como peregrino.

Hoy recorren el camino personas de todo el mundo. Y sigue siendo cada vez más, un camino de paz, de encuentro, de entendimiento de razas, culturas y religiones, una Babel al revés, como señalan algunos peregrinos después de su experiencia¹¹.

Pero antes de abrirse al mundo el Camino de Santiago ha sido un fenómeno europeo. Tanto el Camino en concreto, como el caminar, en general, se identifican de modo particular con la cultura europea. G. Steiner, conocido filólogo y humanista judío, ha identificado Europa –entre otras cosas y frente a otros continentes más extensos–, con el hecho de que es un territorio paseado. Seguramente, los europeos se han comunicado mucho caminando porque las distancias son cortas,

11 MERINO, M., *Peregrinos*, p. 147.

como son relativamente sencillos los obstáculos: “poseen estos, dice Steiner, una escala humana, pueden ser dominados por el viajero a pie”¹². Este hecho facilita los encuentros, aunque estos no siempre han sido pacíficos, pues también los ejércitos se han beneficiado de esa facilidad. También las numerosas guerras europeas encuentran una razón en la relativa cercanía de los pueblos; pero casi siempre han dominado más los encuentros culturales y económicos y en cualquier caso, a la larga prevalece el deseo de paz y de entendimiento.

Es sobre todo en esa línea de buscar el entendimiento, donde entre los ejemplos históricos de este hacer Europa a pie, señala Steiner precisamente el Camino de Santiago, como por otra parte lo han señalado tantos otros, como no podía ser de otro modo.

A pesar de todo, las ambivalencias subsisten y siguen apareciendo, a lo largo de la historia, las diferentes posibilidades. ¿Camino para unir o camino para invadir? ¿Camino para la guerra, o camino para la paz y la cultura? Pero insisto, entre otros caminos posibles, y a pesar de los conflictos europeos, el Camino de Santiago ha sido siempre ruta de paz y de cultura, fruto de la unidad en la identidad europea. Como ha dicho el cardenal C. Ruini, “si el concepto de Europa es sobre todo, cultural e histórico –como demuestra la facilidad con que los peregrinos medievales atravesaban naciones–, entonces, a través del entramado de estos caminos podemos hallar algo fundamental en la identidad del hombre y de la mujer europeos”¹³.

Esa paz no se produce sola. Hay que llevarla en el corazón y comunicarla. Por eso, en el Camino se produce, una “tensión de diálogo”¹⁴, y esa tensión es personal –de persona a persona– y cultural, es decir, de interacción de variadas culturas y de modos de ver la vida. Es cierto que muchos peregrinos prefieren andar solos, para reflexionar mejor. La soledad, dicen, es el mejor modo para encontrarse con uno mismo y para prepararse al encuentro con los demás. Pero solo es un retiro temporal, porque, en efecto, luego se encuentran con otras personas durante la marcha, y se ven obligados al diálogo; está, además, la inevitable convivencia que se produce en los albergues. En todos estos encuentros florece, casi por necesidad, la cohesión cultural que brota del espíritu de cada peregrino.

Y así, de las experiencias personales se pasa a la comunicación de la cultura. El Camino se convierte en un mosaico de encuentros; por eso se ha dicho también, que “el peregrino se convierte él mismo en agente de paz y de cultura”¹⁵. Por eso la peregrinación, señalaba igualmente Camilo Ruini, se ha vuelto a convertir hoy “en una ocasión para conocer, tocar y experimentar la vida, la historia, la naturaleza y los valores de los pueblos europeos, que aun siendo muy distintos, tienen la característica común del signo del cristianismo”¹⁶. Así pues, un camino cultural, pero un camino de fondo religioso.

12 STEINER, G., *La idea de Europa*, Madrid, Siruela, 2005, p. 41-42.

13 RUINI, C., en *Claves para la identidad y cohesión de Europa: sus principales vías de peregrinación*. Noticias de un congreso de la Obra Romana de Peregrinaciones en Roma. ZENIT.org, 26 de febrero de 2007.

14 ANDREATA, L., *ibidem*.

15 ANDREATA, L., *ibidem*.

16 RUINI, C., *ibidem*.

3. CULTURA Y VALORES

Es la religión la que fundamenta los valores que sustentan la cultura europea. Si toda cultura se basa en valores, los valores del Camino y de la tradición europea, son cristianos de origen, están arraigados en la fe cristiana; se han extendido desde los fieles a todas las personas a partir de un territorio que muy pronto fue conocido no solo como Europa, nombre precristiano, sino como *Christianitas*, la cristiandad, o mejor, la *Universitas christiana*. Este término –*Universitas*, universal–, reconocía ya entonces, como señala L. Suárez, que había cristianos también fuera de Europa y que los habría de haber después en otros territorios¹⁷: a todos ellos y a los no creyentes, estarían destinados los valores positivos y virtuosos que deberían irradiar de la fusión entre lo europeo y lo cristiano.

Los principales valores que constituyen nuestra sociedad contemporánea, tanto en el mundo occidental, como lo exportado fuera, provienen de la construcción inmensa que se hizo durante la Europa cristiana. Esta comunidad cultural sin par, desarrolló desde las superiores formas jurídicas y de organización política, hoy vigentes, hasta la idea más cotidiana del deporte competición –los torneos–, pasando por el desarrollo de la teología, los sistemas filosóficos, el humanismo cultural, la experimentación, el desarrollo del arte en todas sus facetas o el variado universo ideológico que se aprecia en su historia¹⁸. Todo ello basado en el elemental reconocimiento de los derechos de la persona, fundados en su irrenunciable y superior dignidad. El cristianismo reconoce y defiende la persona y la vida, lo que no es tal en otras culturas antigua y modernas.

Lo más profundo y característico de la cultura europea –la literatura, el arte, la filosofía, la política, la religión, “es debido, señala López Quintás, a esa libertad interior y a ese impulso hacia lo más alto, que ya Sócrates y Platón habían promovido pero solo en el cristianismo adquirieron todo su alcance”¹⁹. Sobre todo, el hombre europeo debe al cristianismo “la conciencia de su altísima dignidad”²⁰, no solo en lo religioso –estar hecho a imagen de Dios–, sino y como consecuencia de ello, en lo social y político.

A pesar de ello, hoy estamos acostumbrados a señalar los defectos de Europa y de los europeos en una especie de *meaculpismo* miope. Aunque sea bueno y necesario reconocer los defectos –eso también forma parte de la cultura cristiana–, tampoco se puede aplicar la parábola de la viga y la mota al revés, y ver solo la viga en nuestro propio ojo sin siquiera darse cuenta de la suciedad de los demás, presuponiendo –según el símil cinematográfico–, que los indios son siempre mejores que los vaqueros. No es así. La petición de perdón debe ser hecha por todos y el propósito de la enmienda, también.

Pero no nos desviemos tampoco por esa senda. Lo que interesa señalar ahora es cuántos peregrinos, con mayor sensibilidad cultural, recuerdan que, precisamente

17 SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Cristianismo y europeidad*, Pamplona, EUNSA, 2003, p. 49.

18 Cfr. WOODS, T. E. Jr., *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*, Madrid, Ciudadela, 2007.

19 LÓPEZ QUINTÁS, A., *El espíritu de Europa. Claves para una reevangelización*, Madrid, Unión Editorial, 2000, p. 25.

20 *Ibidem*.

en el Camino de Santiago, se ve esa superposición de formas culturales –políticas, sociales, artísticas, filosóficas– que han florecido en la Europa cristiana²¹, con más variedad y fruto que en cualquier otro lugar, como los mismos resultados históricos proclaman.

Fruto de esa cultura es el desarrollo de nociones como los derechos de la persona, la libertad política para todos, o el concepto de la verdad científica basada en el dominio del hombre sobre la naturaleza. De esas nociones han salido formas de comportamiento social y cultural que han facilitado la convivencia en Europa y que otras culturas, o han copiado, o sencillamente no las tienen. Hoy en día estamos ante la desgracia de que algunos de estos valores fundamentales están siendo negados en Europa y asistimos al desarrollo de lo que Juan Pablo II llamó la cultura de la muerte. A medio plazo puede ser la muerte de Europa.

Pero tampoco queremos coger ese ramal del camino. Nuestra senda nos lleva más bien a reflexionar sobre los fundamentos de la cultura europea: la verdad y la fe.

4. CAMINO, VERDAD Y FE

Estamos en Semana Santa y recordamos ese diálogo impresionante entre Cristo y Pilatos. “Yo para esto... he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad”²². ¿Y qué es la verdad?, respondió el Procurador con sumo escepticismo. La actitud de Pilatos es actual. El problema de nuestros días es que no creemos en la verdad, en ninguna verdad. El filósofo italiano G. Reale se ha referido a que la cultura ciertamente une a los hombres, como ya hemos visto, pero que eso presupone creer en algo²³. Ese algo en lo que se cree es el fundamento de los encuentros entre las personas sobre la vida social, la política, o la ciencia, por ejemplo. Creer en algo no quiere decir creer en lo mismo exactamente, pero sí creer en algo que pueda afectar positivamente a los demás, creer, al menos, que se puede creer, que merece la pena hacerlo porque hay algo que vale más que nosotros mismos. Si no se cree en nada, o simplemente en el propio egoísmo y satisfacción, esa comunicación que presupone la cultura es imposible, no tiene referente, le falta el lazo que la ate, porque la cultura es, como casi todo, un bien relacional.

En ese sentido, el espíritu del Camino es fundamental en el aspecto de fortalecer la fe, es decir, de reconocer que existe una verdad hacia la que se camina. ¿Qué sentido tiene, si no, caminar sin sentido? El que camina cree en algo, por más que a veces no sepa bien qué es. Eso supone reconocer la existencia de la verdad, por oscura que se nos pueda presentar.

Hace solo algunas décadas la cultura occidental estaba acostumbrada a aceptar que existía la verdad, bien fuera una u otra, pero una verdad cierta. Seguíamos creyendonos lo de Descartes de tener certezas y avanzar a través de ellas en busca de la verdad²⁴. Esa postura empezó a deteriorarse hace tiempo, hasta que se de-

21 MERINO, M., *Peregrinos*, p. 124.

22 SAN JUAN, 18, 37-38.

23 En ABC, 25-II-06.

24 Cfr. SANZ SANTACRUZ, V., *De Descartes a Kant*, Pamplona, EUNSA, 2005, p. 44.

rrumbó. La puesta en escena de la caída fue la revolución de mayo del 68. Podríamos decir que antes de la revolución de mayo del 68 existía la verdad, la que fuera. Luego ya no. Se ha llegado a decir que incluso las certezas marxistas desaparecen en mayo del 68 de manos de la “nueva izquierda”²⁵, a pesar de que es un acontecimiento inspirado en buena medida por el marxismo.

Hoy en día la verdad ha desaparecido y en su sillón se ha sentado el subjetivismo relativista. Todo depende. Pero no se sabe de qué depende, porque solo se puede afirmar que no se puede afirmar. En consecuencia, algunos propugnan el triunfo del pensamiento débil, o de una religiosidad no religiosa, ya que es difícil, dicen, afirmar algo con seguridad, es necesario, por eso, no ser demasiado tajantes; en otras palabras, no buscar la verdad verdadera, sino medias verdades²⁶. Es decir, hemos dado la vuelta del revés a Descartes. Si las formas sociales se vuelven líquidas, como dice Bauman²⁷, sin estructuras claras, sin referentes precisos, tal parece que la verdad también se ha licuado y se cuela entre las rendijas de los aljibes rotos, que ya no sirven para mantener el agua, según la comparación bíblica.

Lo que es seguro es que con esa liquidez y esa debilidad nunca se llegaría a Santiago, los peregrinos se desparramarían por cualquier vereda sin importarles cuál fuera la verdadera. Curiosamente, y aunque suponga una paradoja, algo que parece que ha contribuido a reavivar el Camino de Santiago es precisamente el vacío creado por ese antiválido, políticamente correcto, de la ausencia de verdad. Frente a ello, muchos nos hemos puesto a caminar para encontrar la verdad perdida.

Porque quien camina siempre busca algo concreto y real, porque sabe que existe en alguna parte. Se camina hacia una certeza que dará un sentido a la vida. Se va en busca del tesoro escondido. En definitiva, el caminante tiene fe, aunque a veces no sepa bien en qué o en quién. Solo con la esperanza de encontrar esa fe, o lo que ella nos traiga, se soportan las incomodidades del camino. Se necesita mucha fortaleza y constancia para superar obstáculos, no gigantes, desde luego, pero sí muy superiores a los de las habituales actividades deportivas.

Caminar es, por lo tanto, un antídoto frente al relativismo. No caminar para huir, que es la forma negativa del caminar, sino caminar buscando. Porque la verdad existe, sí, pero hay que buscarla, no se hace patente por sí misma de manera necesaria, hay que descubrirla. Pero está, y tantas veces está dentro de nosotros mismos. Quien peregrina por esta razón, buscando, se atreve a hacer el esfuerzo.

Como Nicolás, un holandés que prefería que se dijera su nombre en español²⁸. “Quería experimentar la vida del peregrino para buscar el sentido de la fe”, decía Nicolás. Esa fe impele a caminar, a pesar del dolor que ello comporta, y a descubrir verdades de todo tipo; pero sobre todo, verdades humanas y religiosas. Como decía André, otro peregrino²⁹, “a través del sufrimiento físico que comporta la peregrinación –porque caminar todos los días es doloroso–, se aprenden muchas cosas”; “a medida que fuimos caminando, recordaban, a su vez, un padre y su hijo peregrin-

25 BUSTOS, M., *La paradoja posmoderna*, Madrid, Encuentro, 2009, p. 33.

26 Puede verse, por ejemplo, VATTIMO, G., *Addio alla verità*, Roma, Meltemi, 2009.

27 BAUMAN, Z., *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, Barcelona, Tusquets, 2007.

28 MERINO, M., *Peregrinos*, p. 82.

29 *Ibidem*, 52.

nos, el trasfondo religioso del Camino se ha ido haciendo cada vez más evidente. El Camino ha supuesto una forma de acercamiento a Dios³⁰.

Así pues, al caminar el peregrino también se va formando a sí mismo. No es solo, decía otro peregrino, lo que pasa “en” el camino físico, sino lo que ocurre “en el camino interior del hombre”³¹. Por eso, quienes se han dedicado a recoger testimonios de peregrinos, como es el caso del libro de María Merino, por ejemplo, han podido constatar numerosas transformaciones espirituales, numerosas y auténticas conversiones hechas directamente por el Espíritu, sin ayuda de acción humana directa, a través, sencillamente, de testimonios indirectos, o del esfuerzo de la pura reflexión personal hecha en soledad y tranquilidad.

Es la experiencia fundamentalmente religiosa la que está en el origen y la que se impone, ese “camino del espíritu que va en busca de iluminación y de virtudes”, porque –recordaba el protestante Lawrence, ya citado–, “es indudable que existe un Dios con el que tenemos una relación vital los hombres. Y es indudable que el Camino de Santiago está lleno de espiritualidad”³². En ese sentido el Camino es un experimento que enlaza directamente con una característica fundamental del hombre en la tierra visto desde su sentido trascendente, el *homo viator*, el hombre en camino hacia la vida eterna.

Si de verdad se va hacia la vida eterna, el lugar donde se viva importa más o menos. Por eso el Camino –una especie de desierto temporal–, es una metáfora de la vida espiritual que no depende del lugar donde se esté. “En lo concerniente a la presente vida de los mortales, que se vive en un puñado de días y se termina, decía San Agustín en su *Ciudad de Dios*, ¿qué importa bajo el imperio de quién viva el hombre que ha de morir, si los que imperan no obligan a impiedades e injusticias?”³³. Es cierto que San Agustín estaba tratando de convencer a los cristianos de su época, apegados a un Imperio romano que se deshacía, de que no era necesaria Roma para que existiera el cristianismo. Así desvinculaba la fe de cualquier necesidad política terrenal; pero no es menos cierto, como señala Illanes, que el texto supone una proclamación neta del carácter peregrinante del existir humano³⁴. Ese *homo viator* tiene que vivir trascendiendo las circunstancias socio-culturales para alcanzar la ciudad de Dios y, por eso mismo, el alma de ese *homo viator* se forja con las virtudes.

5. TRES VIRTUDES: DESPRENDIMIENTO, ESFUERZO, LIBERTAD

Vamos a caminar, pero qué camino elegir. Me viene a la memoria la fábula de los sueños de Quevedo³⁵, una fábula de tintes escatológicos en la que el autor veía a las personas avanzar por distintos caminos hacia destinos también diferentes. Uno de esos caminos era ancho y carretero, pródigo en ventas y mesones, y por él avanza-

30 *Ibidem*, 48.

31 *Ibidem*, 54.

32 *Ibidem*, 41-42.

33 Citado por ILLANES, J. L., *Historia y sentido. Estudios de Teología de la historia*, Madrid, Rialp, 1997, p. 23.

34 *Ibidem*, p. 22-23.

35 QUEVEDO, F. de, *Los sueños*, Madrid, Espasa Calpe, 1967.

ban las gentes contentas y confiadas. Pero ese camino terminaba repentinamente en un precipicio que demostraba la hueca vanidad de los caminantes, la falsa alegría, la condenación del vicio. Otro camino era más bien estrecho y áspero, era preciso recorrerlo a pie, y con muchas dificultades. Por él avanzaban gentes con el rostro sereno por la esperanza, aunque marcado por el esfuerzo. A final les esperaba un vergel, la felicidad para siempre. Pero había también un tercer camino, igualmente estrecho y dificultoso como el anterior. Por él avanzaban gentes con rostro envanecido, orgullosas de ser capaces de superar esos obstáculos. Y el camino terminaba también en el precipicio. Es el camino de los hipócritas.

Es evidente que nuestro camino es el segundo, el del desprendimiento, un desprendimiento que para ser auténtico debe ser confiado. A veces la palabra nos asusta, pero si lo miramos despacio vemos que lo experimentamos continuamente, porque en la vida todo es pasajero. Pasan las personas, pasan los acontecimientos, se va pasando nuestro cuerpo con la edad. Pasan las alegrías y pasan las penas. Pero si somos suficientemente sagaces, nos daremos cuenta también de que cada vez que pasa algo, otras muchas cosas quedan y llegan también otras nuevas. La vida es renovación y la renovación exige desprenderse de lo antiguo, lo caduco, lo que ya no sirve, lo que nos liga a un pasado ya sin fruto. Avanzar es desprenderse, necesariamente; lo contrario es quedar anclado.

También los peregrinos insisten en la disposición de desprendimiento que es necesario tener para caminar. Se dejan las ocupaciones habituales, se dejan las cosas aparentemente necesarias, se prescinde de comodidades, y uno se echa a andar, en algunos casos con bastante incertidumbre de cara al futuro inmediato. Al avanzar, insisten, las cosas empiezan a no ser necesarias. Pronto se dan cuenta de que habían cargado con objetos que luego se muestran superfluos y, poco a poco, el peregrino se va despojando de todos ellos; se queda con lo imprescindible, casi solo consigo mismo. Es, de hecho, un desprendimiento total, que lleva a algunos a vivir de limosna en algún momento, un desprendimiento confiado en la Providencia, seguros de que nada faltará. Y vemos a los peregrinos vivir a veces, de la ayuda de otros. Sería, *stricto sensu*, el modo más genuino de peregrinar; de ahí la contrapartida de dar posada al peregrino. Ya no es solo el compartir, sino el hecho de sentir el desvalimiento ante la carencia o la debilidad, en un país extraño, sin conocer bien la lengua, con sufrimientos a veces extremos dada la edad, o la enfermedad que a veces aqueja a los peregrinos.

El desprendimiento ayuda a no vivir de la nostalgia negativa y a acoger las novedades con alegría. El caminante deja con cierta tristeza paisajes hermosos para encontrarse con otros que a lo mejor no le parecen tan bellos, pero sabe que ha de dejarlos también, sabe y espera que la hermosura volverá. La vida es una suma de despedidas y de nuevos encuentros, y el Camino es un continuo comenzar, un continuo renovarse. Por eso el Camino es juventud de espíritu, ese tipo de juventud que nos tiene que acompañar hasta el final. Y al llegar descubren también todos los peregrinos que el final del Camino es el principio, porque al terminar el Camino han aprendido a desprenderse de la manera vieja de vivir y están dispuestos a vivir de un modo nuevo, más humano, menos materialista, más espiritual. Una auténtica vida nueva, como la de los jóvenes, pero cargada con mucha experiencia.

Para eso hay que seguir las flechas. Las flechas amarillas. A veces cuesta, pero es preciso hacerlo. Si seguimos esa indicación el próximo albergue se llama esfuerzo, determinación. Ahora nos vuelve a ayudar el poeta:

Caminante, son tus huellas / el camino, y nada más;
 caminante, no hay camino / se hace camino al andar.
 Al andar se hace camino, / y al volver la vista atrás
 se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar.
 Caminante, no hay camino, / sino estelas en la mar.³⁶

Uno podría decir: sí hay camino, está señalado, acabamos de ver sus flechas. Pero no, porque el poeta trata más bien del camino personal e interior, se trata del sentido del camino para cada uno. Ese no está escrito. Cabe decir que hay un camino indicado y explicado, un ejemplo y una doctrina, sí, pero sabemos que eso no sirve si no se recorre: solo se hace camino al andar. Haciéndolo, ya lo hemos dicho, el caminante se hace a sí mismo. Y esa senda “nunca se ha de volver a pisar”, porque el camino, si es vida, es siempre diferente, cada momento es una oportunidad que el caminante tiene para avanzar; aunque haya que rectificar, la senda ya no es la misma. Los peregrinos que vuelven a hacer el Camino tienen la experiencia de que realmente, hacen otra cosa distinta, el Camino va cambiando su sentido según la experiencia de cada uno.

Es curioso, pero el texto de Machado tiene bastante paralelismo con otro de Isaías. Dice el profeta: “Así dice el Señor que abrió camino en el mar y senda en las aguas...no recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo, mirad que realizo algo nuevo...abriré un camino por el desierto...”³⁷. Así pues, no hay que mirar hacia atrás, el camino es símbolo y realidad de renovación y se necesita esfuerzo. Todo camino es algo nuevo, se estrena todos los días, lo de ayer no sirve, sino como experiencia. Pero una experiencia siempre limitada, porque el nuevo día es eso, nuevo. Como la hoja en blanco que se presenta ante el escritor: nada está escrito allí, todo será radicalmente nuevo (que no quiere decir novedoso, que es distinto).

Qué duda cabe que esa continua novedad exige esfuerzo. Hacer camino, insistir, andar sin parar, supone una actitud de renovado y exigente esfuerzo, una determinación que todos los peregrinos experimentan no solo al comenzar el día, sino a cada paso del Camino. Porque duelen los pies, quema el sol o te cruje la humedad; porque las piernas no dan para más en la siguiente cuesta, porque el ambiente de tal albergue, porque me han robado la cartera...o por cosas peores que no quiero recordar ahora. Sabemos que en el Camino se sufre, como se sufre en la vida; pero sabemos también que abrir camino es algo de lo más gratificante que existe. Supone ser creativo y serlo, precisamente con lo que más nos interesa, con nuestra propia vida.

Para eso hay que ser libres, por eso, finalmente, hablamos de libertad. Sólo camina quien es libre. Caminamos porque queremos, porque nos da la gana. Muchos

³⁶ MACHADO, A., *Proverbios y cantares*, XXIX.

³⁷ ISAÍAS, 43, 16-21.

peregrinos lo hacen incluso teniendo que superar obstáculos cercanos, incomprensiones de las personas queridas, que no entienden el porqué de lanzarse a tal aventura. Caminar exige ser libre también porque supone la elección de un destino. Es un destino personal que hay que seguir sin ataduras, con decisión, con fidelidad. Se entiende que eso que se busca es el bien. Libertad es buscar el bien, conocido o intuito. Y el bien se ama. San Juan de la Cruz cantaba:

“Buscando mis amores, / iré por esos montes y riberas; / ni cogeré las flores, / ni temeré las fieras, / y pasaré los fuertes y fronteras”³⁸.

Pasaré los fuertes y fronteras, superaré los obstáculos, llegaré a Santiago. Pero para eso la libertad nos exige abandono y amor. Sí, la búsqueda libre de la verdad exige el espíritu de abandono: abandonar los gustos y placeres –no cogeré las flores–, abandonar los miedos –no temeré las fieras–, y amar, dejarse en manos del Amado, dejar que alguien nos ayude en el Camino. Así se superan los obstáculos, se pasan los fuertes y las fronteras. La libertad exige perseverar en el compromiso adquirido, dejar lo que estorba, mirar solamente a la meta y a lo que a ella me acerca. Si lo dejo todo ¿qué me queda? Me queda el propio Camino; o mejor, lo que el Camino ha hecho de mí, aquello en lo que el Camino me ha transformado. Porque el Camino, dicen los peregrinos, transforma al caminante, lo mejora, lo acerca a la perfección humana y también sobrenatural, ayuda a incrementar el amor a los demás a través de la comprensión de los problemas, del esfuerzo purificador, de la reorientación de los principios; en una palabra, de la liberación.

“Ligero de equipaje”³⁹, dijo Machado. Para andar se necesita poco. Solo andando desprendido de cosas, de sentimientos, de ideas preconcebidas, solo así se anda con libertad, con la libertad que nos permite llegar y que nos lleva al bien verdadero.

Y este camino, así, religioso y esperanzado, ¿es un camino actual, es de hoy, o solo sirve para la idiosincrasia medieval? Nos vuelve a contestar Patrick⁴⁰, el francés que comenzó su camino en Los Ángeles y atravesó solo los Estados Unidos, para enlazar luego en Francia, un informático nada alejado del mundo actual, que iba plasmando sus experiencias cotidianas en una web abierta al mundo moderno: “Creo que el camino está más cerca del siglo XXI que de la Edad Media. Es un espacio lleno de generosidad y de apertura al mundo entero; se da un encuentro irrepetible entre todo tipo de gentes. Estoy persuadido de que, cara al próximo siglo –es decir, el XXI–, esta peregrinación va a adquirir mayor importancia en la revalorización de la cultura cristiana”. Han pasado más de once años desde que Patrick dijera estas palabras en el último año santo del siglo pasado, en 1999, y parece que las cifras le dan la razón. Pero no solo los números, quizás también el ambiente espiritual, porque si efectivamente atravesamos hoy una grave crisis moral, no faltan los motivos de esperanza, los rasgos de renovación, algunos de los cuales se

38 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, estrofa 3.

39 Campos de Castilla, “Retrato”.

40 MERINO, M., *Peregrinos*, p. 172.

pueden vivir, precisamente, en el Camino de Santiago. Buena parte de esas minorías que arreglarán el mundo se encuentran también, junto con honradas aventuras laicas, desde luego, en el Camino de Santiago.

Un mundo mejor es posible. Por encima de lo políticamente correcto, por encima de los fríos datos científicos y mediáticos, –a veces tan parciales–, por encima de las manipulaciones de todo tipo, es necesaria la aventura de la imaginación, del atrevimiento a pensar de otro modo; en definitiva, de poner la persona y sus valores por encima de todo, con espíritu de caminante, mirando hacia las estrellas.

¿Lo conseguiremos? Sí, porque el Camino es siempre un camino de esperanza, porque si se camina bien, siempre se va hacia alguna parte y con buena compañía.

El futuro nos espera. En medio del hundimiento del imperio romano, San Agustín predijo que el espíritu de la civilización renacería con el cristianismo. El cristianismo sería la solución. Y lo fue. Hoy, como ayer, estamos necesitados de esperanza y tenemos que saber que el cristianismo sigue siendo fuente de salvación, como nos recuerda constantemente B. XVI⁴¹, que es esa esperanza que sabemos que está al final, porque contiene un mensaje que además de divino, es profundamente humano.

La esperanza es la virtud más característica del caminante. Y el camino de Santiago termina en aquello que es el objeto de esta virtud: la felicidad eterna. Por eso, al llegar a Santiago, nos encontramos en la puerta de la gloria, ya entonces podremos dar el abrazo al santo.

41 Particularmente, en la encíclica *Spe salvi*.